

643
Pa 2623
EL
F28



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

PREFACIO

EN EL QUE EL AUTOR DE ESTA SINGULAR NOVELA CUENTA AL LECTOR COMO ADQUIRIO LA CERTEZA DE QUE EL FANTASMA DE LA OPERA HA EXISTIDO REALMENTE

El fantasma de la Opera ha existido. No fué en modo alguno, como se ha creído mucho tiempo, una inspiración de artistas, una superstición de directores, la creación extravagante de los cerebros excitados de las señoritas del cuerpo de baile ó de sus madres, de las acomodadoras, de las empleadas del vestuario ó de la portera.

Si, ha existido en carne y hueso, aunque tomaba todas las apariencias de un verdadero fantasma, es decir, de una sombra.

En cuanto empecé á compulsar los archivos de la Academia Nacional de Música, me chocó la coincidencia sorprendente de los fenómenos atribuidos al fantasma con el más extraordinario y más conocido de los dramas que han conmovido á la más alta sociedad parisiense, y pronto debía ser llevado á la idea de que acaso se pudiera explicar racionalmente é-

te por aquéllos. Los sucesos no datan más que de unos treinta años, y no sería difícil encontrar hoy todavía, en el mismo saloncillo de la danza, ancianos muy respetables y cuya palabra no se puede poner en duda, que se acuerden, como si la cosa fuera de ayer, de las condiciones misteriosas y trágicas que acompañaron al rapto de Cristina Daó, á la desaparición del vizconde de Chagny y á la muerte de su hermano mayor, el conde Felipe, cuyo cuerpo fué encontrado en la orilla del lago que se extiende debajo de la Opera, por la parte de la calle Scribe. Pero ninguna de esos testigos había creído hasta ahora deber relacionar á esta horrible aventura el personaje más bien legendario del fantasma de la Opera.

La verdad penetró lentamente en mi espíritu turbado por una averiguación que tropezaba á cada instante con sucesos que á primera

vista se podían creer extraterrestres, y, más de una vez, estuve muy á punto de abandonar una tarea en la que me extenuaba persiguiendo, sin atraparla jamás, á una vana imagen. Por fin, tuve la prueba de que mis presentimientos no me habían engañado, y fui recompensado de todos más esfuerzos el día en que adquirí la certeza de que el fantasma de la Opera había sido más que una sombra.

Había yo, aquel día, pasado largas horas en compañía de las "Memorias de un Director," obra ligera de ese escéptico de Moncharmin, que no comprendió ni pizca, durante su paso por la Opera, la conducta tenebrosa del fantasma, y que se burló de él todo lo que pudo, en el momento mismo en que él era la primera víctima de la curiosa operación financiera que se desarrollaba en el interior de la "envoltura mágica."

Desesperado acababa de dejar la biblioteca, cuando encontré al amable administrador de la Academia Nacional de Música, que estaba charlando en un descansillo con un viejecito vivo y coquetón, al que me presentó cortésmente. El administrador estaba al corriente de mis investigaciones del famoso asunto Chagny, señor Faure. No se sabía si estaba muerto ó vivo, y hete aquí que, de vuelta del Canadá, donde acababa de pasar quince años, su primer paso en París había sido para ir á buscar una butaca de favor en la Opera. Aquel viejecito era el señor Faure en persona.

Pasamos juntos una buena parte de la velada y me contó todo el asunto Chagny, tal como yo le había comprendido en otro tiempo. El juez había tenido que aceptar,

por falta de pruebas, la locura del vizconde y la muerte accidental del hermano mayor, pero estaba persuadido de que había pasado entre los dos hermanos un drama terrible á propósito de Cristina Daé. No supe decirme qué había sido de Cristina y del vizconde, y, por supuesto, cuando le hablé del fantasma no hizo más que reír. También él había sido puesto al corriente de las singulares manifestaciones que parecían entonces atestiguar la existencia de un ser extraordinario que había tomado domicilio en uno de los rincones más misteriosos de la Opera, y había conocido la historia del sobre, pero no había visto en todo aquello nada que mereciese llamar la atención de un magistrado encargado de instruir el asunto Chagny, y apenas escuchó la declaración de un testigo que se presentó espontáneamente para afirmar que había tenido ocasión de encontrar con frecuencia al fantasma. Ese testigo no era otro que el que todo París llamaba "El Persa", muy conocido de todos los abonados de la Opera. El juez le tomó por un iluminado.

Puede imaginarse si me interesó enormemente esta historia del Persa. Quise encontrar, si era tiempo todavía, á ese original testigo, y mi buena fortuna, que brillaba más que nunca, hizo que lograra descubrirle en su departamento de la calle de Rivoli, que no había abandonado desde aquella época, y en el que iba á morir cinco años después de mi visita.

Al pronto desconfió. Pero cuando el Persa me contó con un candor de niño todo lo que sabía personalmente del fantasma y me entregó en toda propiedad las

pruebas de su existencia y, sobre todo, la extraña correspondencia de Cristina Daé, correspondencia que arrojaba una luz deslumbradora sobre su espantoso destino, no me fué ya posible dudar. ¡No! ¡No!... ¡El fantasma de la Opera no era un mito!

Sé muy bien que se me ha respondido que esa correspondencia podía no ser auténtica y haber sido fabricada por un hombre cuya imaginación había sido ciertamente alimentada por los cuentos más seductores; pero, por fortuna, me ha sido posible encontrar letra de Cristina fuera del famoso paquete de cartas y, por consecuencia, entregarme á un estudio comparativo que ha disipado todas mis dudas.

Me he informado igualmente sobre el Persa, y he podido apreciar en él un hombre honrado, incapaz de inventar una maquinación que hubiera podido extraviar á la justicia.

Es, por otra parte, la opinión de los más graves personajes que han intervenido, de cerca ó de lejos en el asunto Chagny, que han sido amigos de esa familia, á quienes he expuesto todos mis documentos y ante los cuales he desarrollado todas mis deducciones. He recibido de este lado las más nobles aprobaciones y me voy á permitir reproducir á este respecto unas líneas que me han sido dirigidas por el general D....

"Muy señor mío:

"No me cansaré de incitar á usted á publicar los resultados de sus pesquisas. Recuerdo perfectamente que unas semanas antes de la desaparición de la gran cantan-

te Cristina Daé y del drama que puso de luto á todo el barrio de Saint-Germain, se hablaba mucho, en el saloncillo del baile, del fantasma, y creo que no se ha dejado de hablar de él sino á consecuencia de este asunto que ocupaba todos los pensamientos. Pero si es posible, como creo después de haber oído á usted, explicar el drama por el fantasma, hablemos de éste, se lo ruego. Por muy misterioso que el tal fantasma pueda aparecer á primera vista, será siempre más explicable que la sombría historia en la que las personas mal intencionadas han querido ver desgarrarse hasta la muerte á dos hermanos que se adoraron toda la vida...

De usted, etc.

En fin, papeles en mano, había yo recorrido de nuevo el vasto dominio del fantasma, el formidable monumento en que él había establecido su imperio, y todo lo que mis ojos habían visto y lo que mi ingenio había descubierto corroboraba admirablemente los documentos del Persa, cuando un hallazgo misterioso vino á coronar de un modo definitivo mis trabajos.

Se recordará que, últimamente, excavando el subsuelo de la Opera para enterrar allí las voces fonografiadas de los artistas, la piqueta de los obreros puso al descubierto un cadáver. ¡Ahora bien, tuve en seguida la prueba de que aquel cadáver era el del fantasma de la Opera! He hecho tocar esta prueba con la mano al administrador mismo, y ahora me es indiferente que los periódicos cuenten que se ha encontrado allí una víctima de la "Cassandre".

Los desgraciados que fueron asesinados, cuando la "Commune" en los sótanos de la Opera, no están enterrados por esa parte. Yo diré dónde se pueden encontrar sus esqueletos, muy lejos de esta inmensa cripta donde se habían acumulado durante el sitio toda especie de provisiones de boca. He sido puesto sobre esta pista buscando justamente los restos del fantasma de la Opera, que no hubiera encontrado sin la casualidad inaudita del entierro de las voces vivientes.

¡Pero ya volveremos á hablar de este cadáver y de lo que conviene hacer con él. Ahora, me conviene terminar este necesario prefacio dando las gracias á los modestos comparsas que, como el comisario de policía Mifrid. (llamado en otro tiempo á hacer las primeras averiguaciones cuando la desaparición de Cristina Daé,) como el antiguo secretario Remy, el antiguo administrador Mercier, el antiguo maestro de coros Gabriel, y, más particularmente, como la baronesa de Castelot-Barbezac, que fué en otro tiempo la "pequeña Meg", de lo que no se avergüenza, y como la más encantadora estrella de nuestro cuerpo de baile, la hija mayor de la antigua acomodadora señora Giry, que abría el palco del fantasma, me fueron de la más grande utilidad y gracia á los cuales voy á poder revivir, con el lector, en sus más pequeños detalles, aquellas horas de puro amor y de esparto.

I

¿ES EL FANTASMA?

Aquella noche, que era la de la última función de gala dada por los señores Debiene y Poligny, directores dimisionarios de la Opera, con motivo de su salida, el cuarto de la Sorelli, una de las primeras figuras del baile, fué repentinamente invadido por media docena de las señoritas del cuerpo de baile que subían del escenario después de haber "baillado" "Poliuto." Todas se precipitaron con gran confusión, las unas dejando oír carcajadas excesivas y poco naturales y las otras gritos de terror.

La Sorelli, que deseaba estar sola para repasar el pequeño discurso que debía pronunciar dentro de un momento en el saloncillo, ante los señores Debiene y Poligny, había visto con mal humor á toda aquella multitud aturdida meterse detrás de ella. Se volvió, pues, hacia sus camaradas, y preguntó inquieta á qué obedecía tan tumultuosa ovación. La pequeña Saint-James—nariz de las que gustan en Grévin, ojos de miosotis, mejillas de rosas, garganta de azucena—fué la que dió la razón en tres palabras, con voz temblorosa y ahogada por la angustia.

—¡Es el fantasma!

Y cerró la puerta con llave. El cuarto de la Sorelli era de una elegancia oficial y vulgar. Un espejo de cuerpo entero, un diván, un tocador y unos armarios componían el mueblaje necesario. En las paredes unos cuantos grabados, recuerdos de su madre, que había conocido los buenos tiem-

pos de la Opera de la calle Le Peletier. Retratos de Vestris, de Gardel, de Dupont y de Bigottini. Aquel cuarto parecía un palacio á las chicas del cuerpo de baile, que estaban alojadas en cuartos comunes, en los que pasaban el tiempo en cantar, en disputar, en zurrar á los peluqueros y á las mujeres que las vestían, y en obsequiarse con copitas de licores dulces ó de cerveza y hasta de ron, esperando la campanada del avisador.

La Sorelli era muy supersticiosa, y al oír á la Saint-James hablar de fantasma, se estremeció y dijo:

—¡Tontuela!

Y como era la primera en creer en los fantasmas en general y en el de la Opera en particular, quiso en seguida ser informada.

—¿Le habéis visto? preguntó.

—Como la estoy á usted viendo!... respondió gimiendo la Saint-James, que no pudiendo tenerse sobre las piernas se dejó caer sobre una silla.

Y en seguida la pequeña Giry—ojos en forma de ciruela, cabello de tinta, tez tostada y toda piel y huesos—añadió:

—¡Si es él, es muy feo!

—¡Oh! sí, dije el coro de las bailarinas.

Y empezaron á hablar todas á un tiempo. El fantasma se les había aparecido bajo la especie de un señor de frac que se había erguido de repente delante de ellas en el pasillo, sin que se hubiera podido saber de dónde venía. Su aparición había sido tan repentina, que se hubiera podido creer que salía de la pared.

¡Bah! dijo una de ellas que á duras penas había podido con-

servar un poco de tranquilidad, vosotras veis el fantasma en todas partes.

Y era verdad que, hacía unos meses, no se hablaba en la Opera más que de ese fantasma de frac negro que se paseaba como una sombra de arriba á abajo del edificio, que no dirigía la palabra á nadie, al que nadie se atrevía á hablar, y que desaparecía, por lo demás, en cuanto se le había visto, sin que se pudiera saber por dónde ni cómo. No hacía ruido al andar como cumple á un verdadero fantasma. Se había empezado por reírse y por burlarse de aquel aparecido ataviado como un hombre de mundo ó como un enterrador, pero la leyenda del enterrador había tomado pronto proporciones colosales en el cuerpo de baile. Todas pretendían haber encontrado poco ó mucho á aquel ser sobrenatural y haber sido víctimas de sus maleficios. Y las que se reían más fuerte eran las menos tranquilas. Cuando el fantasma no se dejaba ver, señalaba su presencia á su paso por acontecimientos ridículos ó funestos, de los que le hacía responsable la superstición casi general. ¿Había que deplorar un accidente? ¿Una camarada había hecho un gesto indecoroso á alguna de las muchachas del cuerpo de baile? ¿Se había perdido una borla de polvos de arroz? ¿La culpa era del fantasma, del fantasma de la Opera!

En realidad, ¿quién le había visto? Se pueden encontrar tantos señores de frac en la Opera, que no son fantasmas... Pero este frac tenía una especialidad que no tienen todos; era la de vestir á un esqueleto.